

COMO MURIÓ RODÓ



de su largo viaje, fuente inapreciable de sensaciones, de evocaciones y de inspiraciones. Bastarían dos de sus artículos, los intitulados: *Ciudad con alma* e *Impresiones de Roma*, aparecidos en esta revista, para hacerse una idea del agudo espíritu de observación de Rodó, el cual no era uno de esos comunes viajeros superficiales que van en busca de curiosidades y de aventuras; pero sí un escritor culto y concienzudo que profundizaba todo aquello que a él le parecía digno de estudio.

Asistiendo a la confección de la corona de laurel que por encargo de CARAS Y CARETAS deposité sobre la tumba de Rodó, me pareció cumplir un rito sagrado al pedir que una rama de laurel cogida en las colinas del Palatino se colocase en dicha corona, y fuese como el saludo de Roma eterna a quien la había estudiado y comprendido.

Los detalles de los momentos que precedieron a la muerte de Rodó se resumen en pocas líneas.

El 30 de abril él se quejó de un malestar que creyó pasajero, pero por la tarde duraba todavía. Solicitó del propietario del «Hotel des Palmes», un caldo condensado. Al anochecer sintió que las fuerzas le faltaban. Se llamó un médico en vista de que la fiebre estallaba con una violencia inaudita. En pocas horas el mal hizo progresos alarmantes. Al día siguiente, 1.º de mayo, fiesta de los trabajadores, fiesta que Rodó habría quizás consagrado al trabajo tranquilo y fecundo, el gran escritor se extinguió. Sus últimas palabras murmuradas en italiano, fueron éstas: ¡Dolore... grazie!...

Sobre la casa donde se hospedaba se cernió un luto profundo. Pocos conocían a Rodó, que deseaba vivir para sí mismo, lejos del bullicio, del ruido, de los ceremoniales, y, sin embargo, todos lo amaban. Aquel mirar suyo, pensativo y bueno, detrás de los anteojos, tenía un atractivo tal que no dejaba a nadie indiferente. He ahí por qué algunos de los personajes de la aristocracia paler-

Rodó se extinguió imprevistamente, sereno como vivió y con el ánimo de los fuertes. Había venido a Italia lleno de entusiasmo y de fe. En Roma, el cav. Rovira y el doctor De Castro, que fueron los que más lo trataron y más largamente se entretenían con él, oyeron de labios del ilustre escritor, el relato

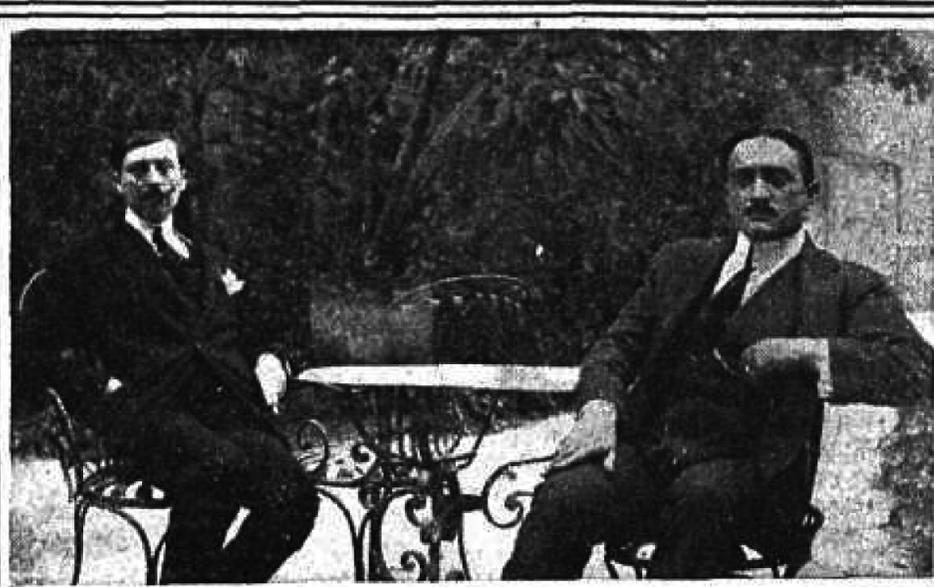
DIRECCIÓN - Hotel des Palmes



Fachada del «Hotel des Palmes», en Palermo, donde se alojaba Rodó.



Ventana (X) de la habitación que ocupaba el ilustre escritor.



Los propietarios del «Hotel des Palmes», que prestaron solícitos cuidados al paciente.

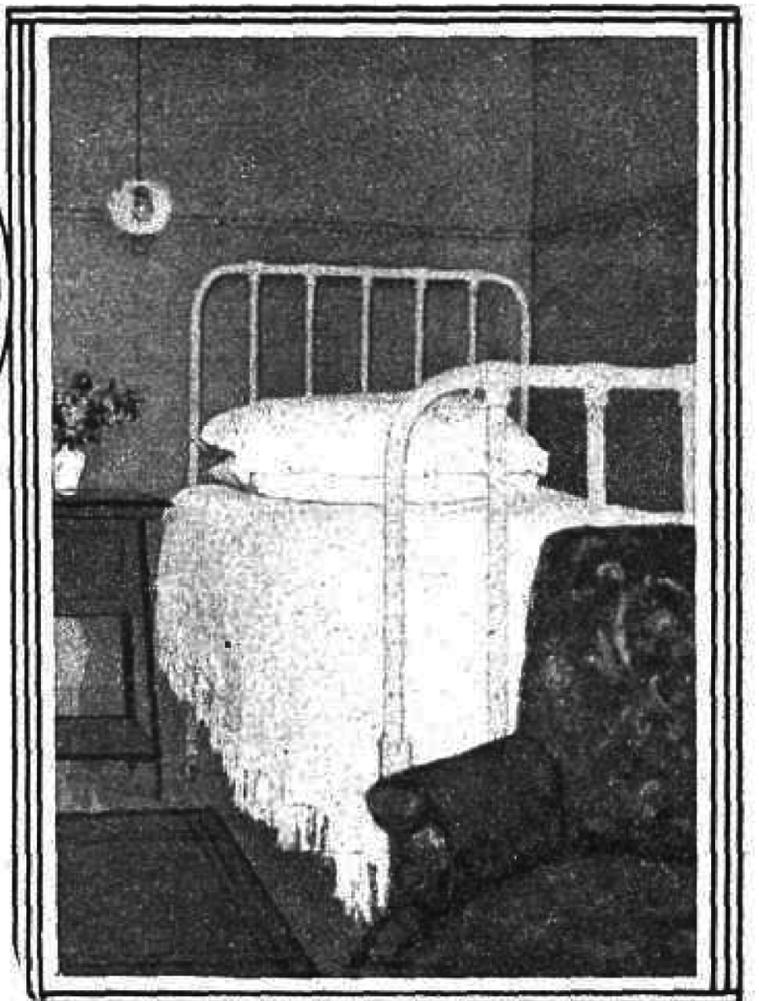
mitana que frecuentaban esa casa, quisieron gentilmente asistir a Rodó en sus últimos momentos.

Inmediatamente se telegrafió al cónsul de Génova, el cual pensó en advertir a las autoridades de Montevideo; éstas a su vez dispusieron que el cav. Rovira, el culto y distinguido cónsul del Uruguay, se trasladase en seguida a Palermo al «Hotel des Palmes», muy conocido, y en el que Wagner escribió en él el último acto de Parsifal. El señor Rovira, que amaba a Rodó como a un hermano, llevó el postrer sa-



Profesor A. Salafia, que embalsamó el cadáver.

ludo al querido cuerpo que fué embalsamado por el profesor Salafia, químico de primer orden, conocidísimo en Italia por su nuevo método de conservación de cadáveres. Basta decir que él pudo embalsamar después de algunos meses de su muerte, el cuerpo de Francisco Crispi, que todos los años se expone



Interior de la habitación donde expiró Rodó.

Apenas sea posible, sus restos mortales serán trasladados a Montevideo por cuenta del gobierno del Uruguay.

Ahora se han depositado en una tumba aristocrática, cubierta de rosas.

Sólo los ruiñones turban el silencio, aquel silencio del cual Rodó quiso circundar toda su vida. Ha desaparecido como había vivido; se ha extinguido en la sombra, él, el celebrado autor de *Ariel*.



Corona que nuestro corresponsal, señor Simboli, depositó en la tumba de Rodó, en nombre de «Caras y Caretas».

al público en el aniversario del fallecimiento del gran estadista italiano.

Entre los objetos encontrados a Rodó, — que parece haber fallecido víctima de un tífus abdominal fulminante, — predomina una gran cantidad de libros, el pan cotidiano de su mente ávida de saber.



El cav. Rovira, cónsul del Uruguay en Roma, revisando la correspondencia dejada por Rodó.

En Montevideo, más de uno le reprochó el vivir demasiado apartado, poniendo casi una muralla glacial entre él y el mundo.

Rodó respondía que también las águilas son solitarias y aman conquistar las cumbres inaccesibles.

¡Oh! ¡si la tumba de Rodó pudiera hallarse allá sobre las cimas nevadas de los Andes o de los Alpes, a donde no llega nunca la planta humana!

Ascenderían hacia ella sólo el alma de los lectores devotos, de aquellos que esperaban y aguardarán en vano la obra que Rodó escribiría con su corazón y con su mente, esto es, la obra de la madurez, de la bondad y de la gentileza.



Tumba en la que se depositaron los restos del malogrado literato uruguayo, la que no ha sido terminada todavía.

RAFAEL SIMBOLI

Palermo, 1917.